

EL ILUSTRADO

10
C

OPINION



CARNER vencedor. — ¿La perdono? ♦ LA OPINION. — ¡No; remáfalal

¡VIVA LA BAGATELA!

Habló Carner, el *gachó* del gaban color de aceituna — como llaman por aquí al diputado republicano nacionalista —, y los truchimanes de la mayoría y los inconscientes de la tribuna de abstenidos no volvían en sí de su asombro.

— ¡Pues habla bien!..

— ¡Y las dice gordas!..

— ¡El *gachó* viene pegando!

— ¡Toma! Y ahora alude á Dato.. Y el presidente le hace caso ¡y baja al escaño!

— ¡Y se mete con Maura!

— ¡Y con el *otro!*..

— También hay chinitas para nuestra abstención, ¡caramba!..

— No, pues á pesar del acento catalán, las dice claras..

— ¡Caray con el tío!

Y Carner dijo cuanto se le antojaba decir, y dió

una nota consoladora por lo vibrante y enérgica, y, aunque había comenzado su discurso con la declaración previa de que no era parlamentario ni tenía pretensiones de serlo, acabó cargándose la Cámara, metiendo en un lío á Dato y á Lacierva y armando una zapatiesta de las que hacen época.

Lacierva, al contestarle, repitió varias veces con acentos de sincero condeño:

— La *ruda* elocuencia de S. S...!

Dato miraba á Carner, y con sus ojillos de gavilán domesticado, fijos en la cara de aquel hombre rudo que soltaba las verdades tan al natural, parecía decir:

— Este debe ser uno de los que me apedrearon en Tarrasa. ¡No me cabe duda!..

Se acabó la sesión, y resultaba delicioso escuchar los comentarios que los del rebaño dinástico formulaban por los pasillos.

Pinés opinaba que Dato había estado muy débil. No se le debía haber consentido á un diputado *nuevo* que se metiera impunemente con *todo Dios*.

Gurtubay, que había tomado unas copas en el *buffet* en hermosa fraternidad intelectual con el «pequeño filósofo», exclamaba furibundo:

— Si me dan á mí la *campañiña* y *facultaz* p á disponer de los maceros, ó se calla eso idario la *mayó* parte de las cosas que ha dicho ó el *Carné eze* duerme hoy en la *delegue*. ¿Estamos?... ¿Ze va á consentir que un Parlamento serio *paezca* un *metine*?..

Pignatelli, niño guapo de la grey maurista aprobaba el criterio de Gurtubay; lo único que no le parecía bien es que aquello se dijese sólo en los pasillos.. Donde era preciso hablar fuerte era dentro; y Gurtubay replicaba:

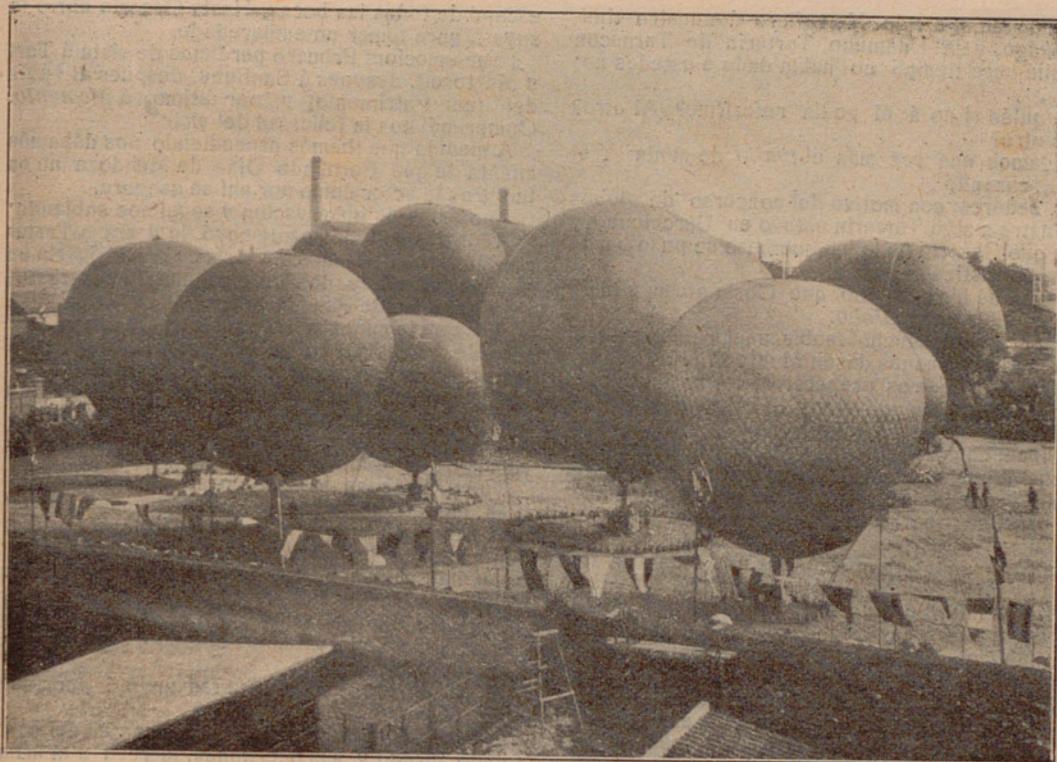
— Deje *uzlé*, que á esos marrajos me gusta estudiarles las *intenziones* antes de entrar en brega!..

Azorín callaba, pero asentía. Sólo cuando sus correligionarios quisieron conocer su juicio y le invitaron á que lo expresara, á vuelta de ligeros circunloquios declaró que entre otros pequeños, aunque intolerables, excesos oratorios, Carner había incurrido en uno garrafal, el de decir que la Solidaridad Catalana no tenía fe ni en las palabras ni en los procedimientos de Maura, y esto le parecía el colmo de los grandes atrevimientos al diminuto filósofo.



El globo *Júpiter*, que ganó el segundo premio de honor. El dibujo lo reproduce en el momento de ser soltado.

(Fotografía de L. Donoso).



El improvisado parque de aerostacion momentos antes de darse suelta á los globos.

(Fotografía del distinguido «amateur» J. Cuxart).

Carner recibía entre tanto efusivos abrazos de Salmeron y de Azcárate, y felicitaciones más ó menos sinceras de todos sus compañeros de oposición.

Porque aun cuando parezca mentira, también algun diputado catalan, coincidiendo con Piniés, Pignatelli y Gurtubay, lamentaba claro está que en voz muy baja que Carner hubiese acentuado sus ataques al Gobierno.

—No nos conviene romper con Maura *del todo* —decía— y, además, ha hecho Carner mal en zaherir á Dato .. Es el presidente y con el presidente

siempre es mejor mantener buenas relaciones, ¿sa be usted? ..

Yo solo sé, señor diputado, que no caben más que dos soluciones. O cumplir el mandato imperativo de todo un pueblo y tener constantemente el viva Cataluña en el corazón y en los labios, ó la traición franca: volverse de espaldas á la Solidaridad Catalana y pasar á los escaños de enfrente para entonar el ¡viva la bagatela!

Madrid, Junio.

TRIBOU. ET.

VIAJES MUY EXTRAORDINARIOS

SIETE MINUTOS EN GLOBO

¿Ha estado? ¿No ha estado? *Cossi il problema*, que dijo el otro.

Figuerola asegura en *El Liberal* que estuvo y se le vió en los pórticos de la plaza Real, junto á la Administracion de EL DELUVIO, en donde entró para poner un anuncio—esto no lo asegura Figuerola—pidiendo un ama «para casa de los padres» y con leche fresca.

Después de poner el anuncio sigue la version Figuerola—estuvo viendo bailar sardanas para persuadirse de la intensidad del movimiento regionalista y tomar, entre tanto, una horchata de chufas.

Como no le conocieron, nadie le invitó á bailar diciendo: ¡Que baile!

Pero, ¿es que realmente ha estado? ¡Hombre! Figuerola lo asegura con pelos y señales, los del bigote y barba postizos. Mas hay un dato que no quiero omitir y que es muy importante: Figuerola acaba de regresar de Andalucía.

Ossorio podría iluminarnos en la cuestion, sin que esto sea llamarle farol; pero es de los que dicen que de boca cerrada no salen indiscreciones, y sólo la abre cuando ve la mesa puesta.

¿Que á quién me refiero? ¡Calla, pues es verdad que no lo he dicho!

Perdonen el olvido. Me refiero á nuestro ilustre amigo, y de Unamuno, Tartarín de Tarascon del que hace tiempo no había dado á ustedes noticias.

¿A quién si no á él podía referirme? ¿Al otro? ¿qué otro?

Digamos una vez más el *timito* de moda: Y el otro... cazando

Sí, señores; con motivo del concurso de globos mi ilustre amigo Tartarín estuvo en Barcelona, y para que Ossorio no lo banquetee se puso barba y bigote postizos.

¿Que qué hicimos? Lo que Coria no ha podido lograr: subir en *el Globo*.

¡Subir! ¡subir mucho! ¡subir siempre! Hé aquí el ideal de los humanos desde Montgolfier á Pinilla.

Hicimos nuestros preparativos. Por indicacion de Sañudo, que suponemos lo habrá contado en *El Noticiero*, nos proveímos de fiambres en casa de Pince; compramos, porque, segun demostró don Jaime, ayuda al incógnito, un frasco de Anís del Mono, y con la colaboracion de varios compañeros prácticos en hinchar telegramas inflamamos el globo.

La Compañía Lebon dijo que nos suministraría el gas y nos lo cobró; pero la Compañía fué humanitaria y nos dió un fluido tan poco fluido que gracias á ello nuestro viaje fué cortísimo, y aun así hubimos de estar constantemente tirando lastre.

Nunca le agradeceremos bastante los aeronautas á la Compañía Lebon el que nos diera un gas tan malo. Eso acertó los instantes de peligro, aun cuando no acertase la cuenta del suministro.

¡Decía que subimos. Un ¡Ah!... prolongado se

escapó de todas las bocas. Hasta Ossorio abrió la suya... para tomar un emparedado.

¡Qué emocion! Primero perdimos de vista á Tort y Martorell, despues á Sanllehy, despues al bayle del Real Patrimonio, y, por último, á *Memento*. Comprendimos la felicidad del vivir

A medida que íbamos ascendiendo nos dábamos cuenta de que Fernando Díaz de Mendoza no es tan grande actor como por ahí se asegura.

Anotamos la observacion y seguimos subiendo.

A los dos mil metros le cayó la gorra á Tartarín. Millares de manos se alzaron para cogerla en el aire. Imposible nos pareció que fueran tantos los discípulos de Pau Calvell.

A los siete minutos justos estábamos á una veintena de metros del suelo. Soltamos la cuerda. Un moretista que pasaba por allá se agarró á ella creyendo que era el cable que les tendía Maura para salir de la abstencion.

Llegamos á tierra y para desinflar el globo tiramos de la banda de desgarrar.

Fué una escena desgarradora.

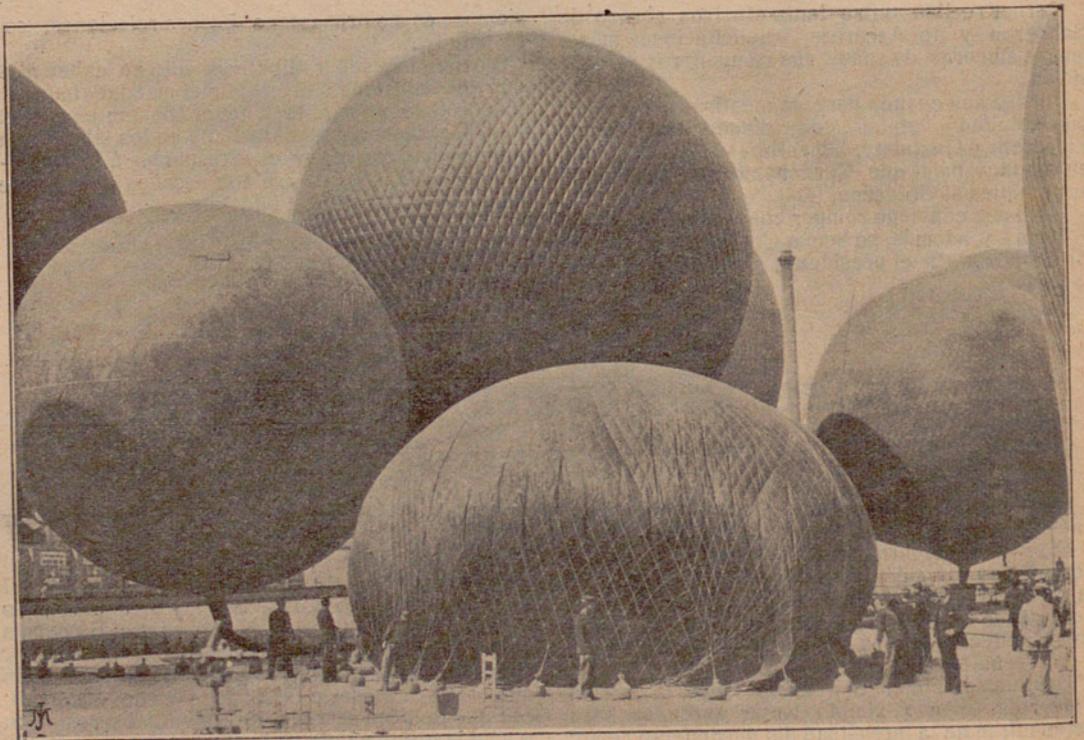
Sí, muy desgarradora. Como que cuando creíamos haber *epitado* á Barcelona nos encontramos con que nadie hablaba de nosotros. Sólo se habla, y mal, por supuesto, del fallo del Jurado de la Exposicion de Bellas Artes.

Para no oír las cosas que se decían pedimos gas á La Catalana, inflamamos el globo, pagamos y... no pudimos subir.

El gas de La Catalana era tan malo ó peor que el de Lebon.

Y aquí estamos oyendo decir horrores del consabido Jurado y sus decisiones, merced á la mala calidad del gas de Lebon y de La Catalana.

El concurso aerostático



Preparativos de la ascension.

(Fotografía de L. Donoso.)

¡Ah! Si los globos, como los hombres, se inflaran de orgullo...

JERÓNIMO PATUROT.
Del R. A. C.

El miedo del Cardenal

Desde que Pedro Sala atentara contra la vida del cardenal Casañas en los claustros de la basílica, con resultado tan poco satisfactorio para el primero, pues mientras el agredido salió indemne é *in cólume* del lance el agresor pasaba al siguiente día á la eternidad, que nuestro santísimo prelado tiene un miedo tan grande que si se lo pudiera vender y se lo pagaran en lo que vale, con el dinero que le darían habría para reemprender la conquista de Jerusalén.

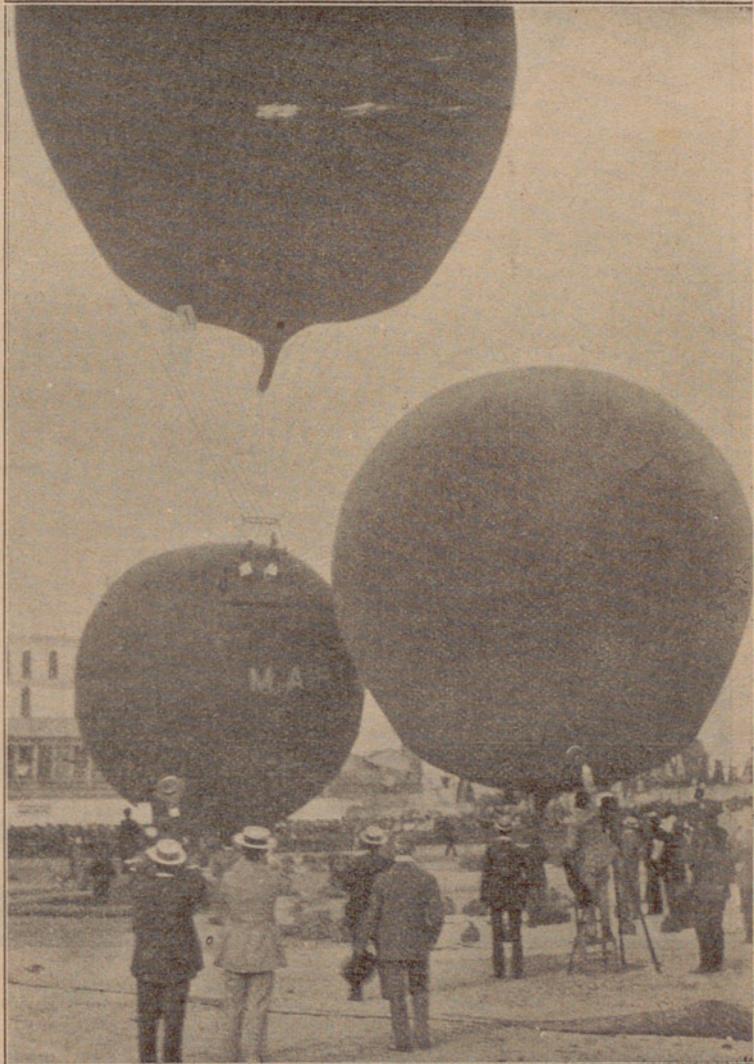
Si en lugar de salir ileso del dramático *encuentro* con Sala llega éste á herirle levemente, como Artal á Maura, pongo por caso ó chaleco perforado, presumo que no son nada las precauciones de Abdul-Hamid al lado de las que hubiera tomado el beatísimo Casañas á efecto de no caer víctima de una soñada cuanto terrorífica conjuración anarquista que dejara en la oscuridad la de Catilina, «la de la pólvora» y la de Belgrado.

Con haber salido exento de todo daño en el atentado de los claustros y de yacer bajo tierra en inédito Ravallac de Tarrasa llamado Sala, el bueno de Casañas no tiene un momento de reposo, y dícese que sus manos sólo dejan de temblar cuando firma la nómina, la asignación (Concordato de 1851) ó el momio, lo mismo da.

El miedo es muy humano, haya dicho sobre el particular lo que quiera Julio César. Pero hay que distinguir entre un sereno, un mozo de cuerda, un director de orquesta, un panadero, etc., y un obispo. Aquéllos pueden tener miedo á la muerte, sobre todo si son impíos, mientras que un obispo no.

Y es que el sereno, el mozo de cuerda, el director de orquesta, el panadero, etc., pueden ser pecadores y pensar que en muriéndose irán de cabeza á las calderas de Pero Botero, temor que debe de ser bastante desagradable, y los obispos, como obispos que son, no pueden ser pecadores y saben á ciencia cierta, por revelación divina, que en liquidando de la pícara existencia pasan derechos al cielo montados en el clavijero que el alceador construyera para esa clase de viajes.

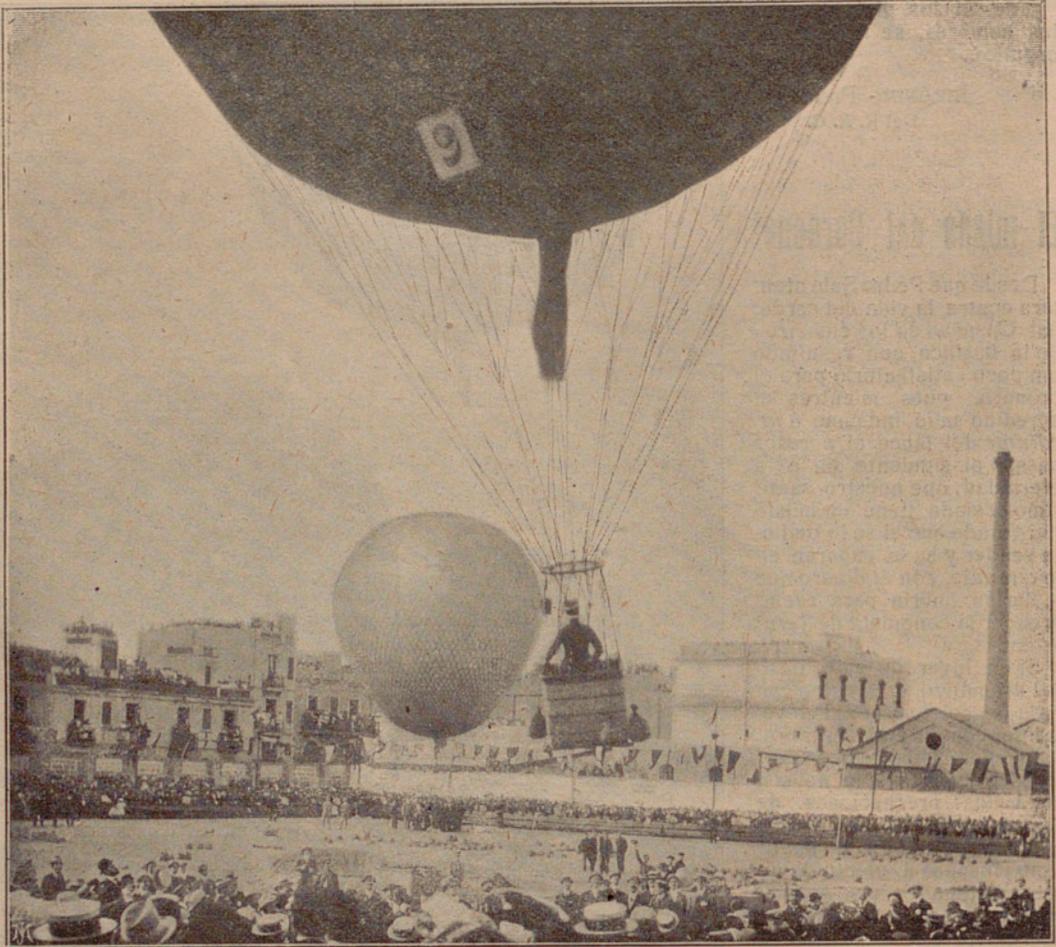
Siendo esto así, no es comprensible el miedo de S. E. Tuyéralo yo, que soy atrozmente pecador,



El globo *Vencejo* al ser soltado.

(Fotografía de J. Branguli Soler).

y el miedo mío tendría natural explicación; pero en el cardenal Casañas es un verdadero *contra-sentido*. Porque si es bueno, si es pío, si es santo y su alma no tiene huella de pecado, ¿cómo temer la muerte sabiendo que la vida nada vale y que en dando el último suspiro ha de ver á Dios y residir en la mansión celestial, goce único, imponderable é infinito, aspiración y ansia de todo buen hijo de la Iglesia? ¿No quedamos, ilustrísimo cardenal, en que el mundo es un valle de lágrimas y que la felicidad la hallaremos en el cielo después de muertos? Pues ¿cómo S. E. tiene tanto miedo á la muerte, al punto de que, temeroso de un posible atentado, deja de asistir, hace ya tres años, á la procesion del Corpus, como es su deber y debería de ser su gusto? Si tan perra es la vida y tan inefable el goce de la presencia de Dios, como afirma S. E. en pastorales y en discursos, ¿por qué hurtarle el cuerpo á la providencial ocasión que podría hacernos volar al cielo, adelantando los acontecimientos por modo inesperado y violento? Yo no digo que el cardenal Casañas tenga



El globo Amanda.

que buscar el peligro; pero sí que debe de tener el valor de arrostrarlo, sobre todo cuando podría sorprenderle en actos tan gratos á Dios como la procesion del Corpus.

Y, sin embargo, desde el atentado de Sala que al Cardenal los dedos se le antojan anarquistas y no le faltan pretextos para dejar de asistir á la sonada y piadosa manifestacion religiosa, huyendo de toda fortuita casualidad que le hiciera cenar con Dios la misma noche del Corpus en lugar de hacerlo en su casa.

Y de las dos cosas una: ó el cardenal Casañas tiene sus dudas respecto á la existencia del cielo y sus decantadas bienandanzas, ó, no teniéndolas, opina que, *á pesar de todo*, mejor se está en el mundo que en la region de los mansos.

En el primer caso el Cardenal nos vende agua por vino, y hay, por tanto, que pedirle nos devuelva el dinero; y en el segundo... ¿pero en qué falta

incurrirá el prelado en el segundo extremo, que yo no sé decirlo de manera clara y precisa sin molestiar á un hombre que á la muerte de Leon XIII estuvo á punto de ser elegido Papa, pues tuvo un voto, el suyo, y que en la direccion de esta diócesis sufragánea tan bien conduce al rebaño del Señor gracias á la buena «alfalfa espiritual», como dijo el padre Claret, que á todo pasto le administra, salvo el predicar con el ejemplo en cuanto á la asistencia á las procesiones se refiere?

Si no es una cosa ni la otra, entonces peor, y desde ahora retiro aquello de «alma sin huella de pecado».

Hay tambien un infierno para los obispos ..

Pero no, no será esto precisamente, sino lo otro. Cuanto más lo pienso, más creo en el primer extremo.

El Cardenal, siendo un Cacaseno, duda como Hamlet.

EL TUERTO DE LA RATERA.



EL MÚSICO POLACO

Sentado en una silla ante su querido violoncello, Guillermo Koseck, el viejo músico polaco, pensaba tristemente en su mísera suerte.

Una voz apagada distrájole de sus meditaciones:

—¿En qué piensas, Guillermo Koseck?

Levantó la cabeza sobresaltado, mirando á todos lados. No había nadie en el cuarto, débilmente alumbrado por la luz difusa de un crepúsculo invernal.

—Soy yo quien te habla—repitió la voz, que parecía salir de dentro el violoncello.

—¿Tú, eres tú!...

—¿Te extraña, verdad?

Koseck movió tristemente la cabeza y contestó:

—Ya nada me extraña.

—Es que te ha herido mucho el desengaño.

—Tú lo sabes bien, compañero mío.

—Soñabas conquistar la gloria.

—Y ya tú ves; sólo hallé la miseria y el desprecio.

—Culpa tuya fué.

—No seas cruel.

—Te faltó voluntad, osadía, ardientes deseos de triunfar.

—Dí más bien que me faltó genio.

El violoncello se rió, moviendo estrepitosamente sus cuerdas.

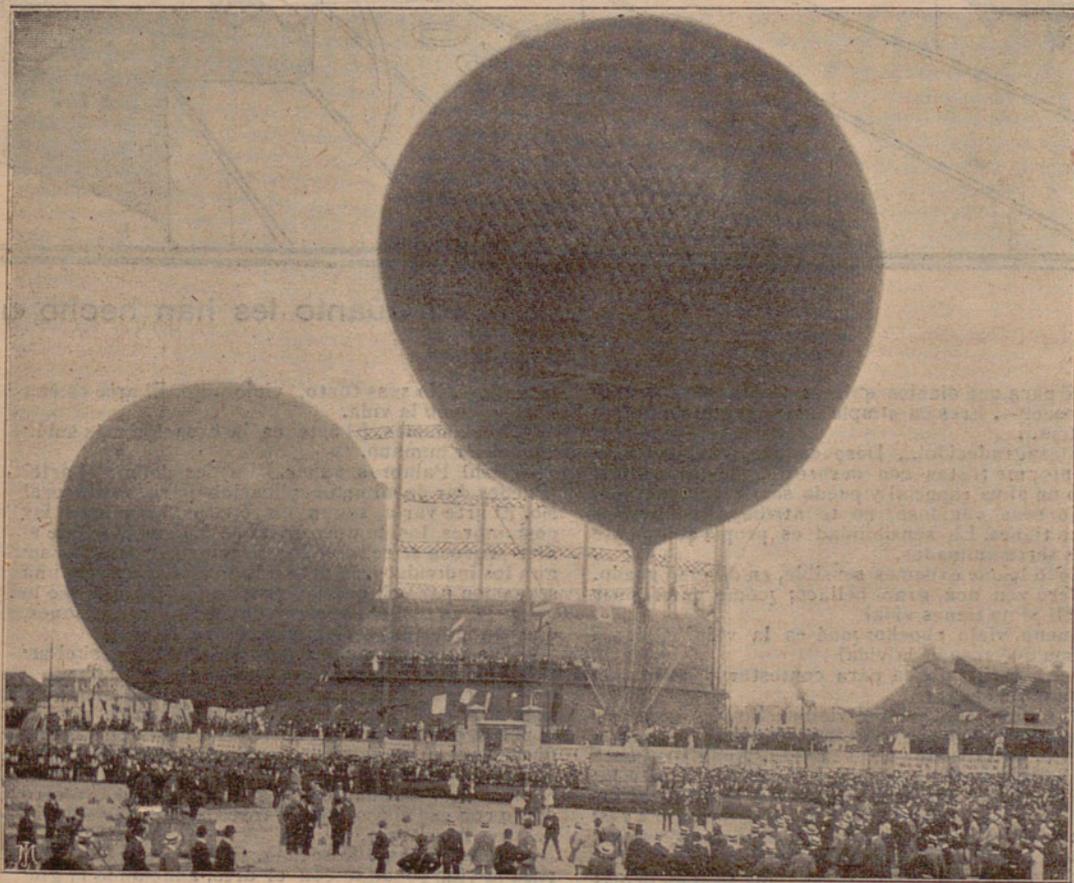
—¿Qué cáncido eres, Koseck!—repuso luego—. El genio es muchas veces un poco de arte ó de ciencia, otro poco de originalidad y osadía, y un mucho de

casualidad. Algunos hombres son genios como otros son héroes, debido á un conjunto de felices circunstancias. Tú habieras podido ser un genio; pero tu modestia, tu cortedad, te hizo siempre confundir con el monton, con ese monton anónimo que con sus admirables trabajos sólo sirve para dar realce y fama á la personalidad osada, predominante: al genio.

Koseck, halagado en su vanidad—que el ser más modesto tiene algo de vanidoso—, dirigió una mirada de agradecimiento al violoncello.

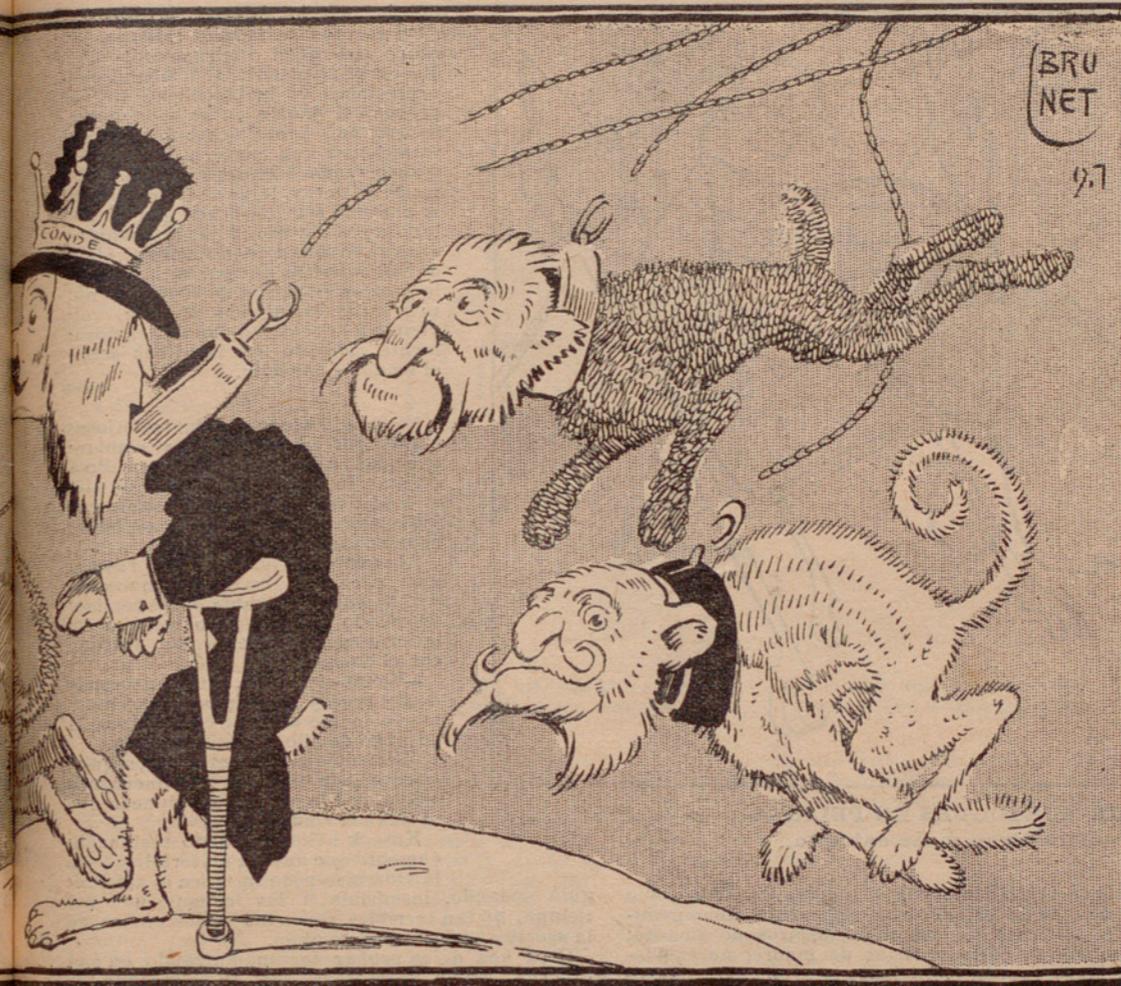
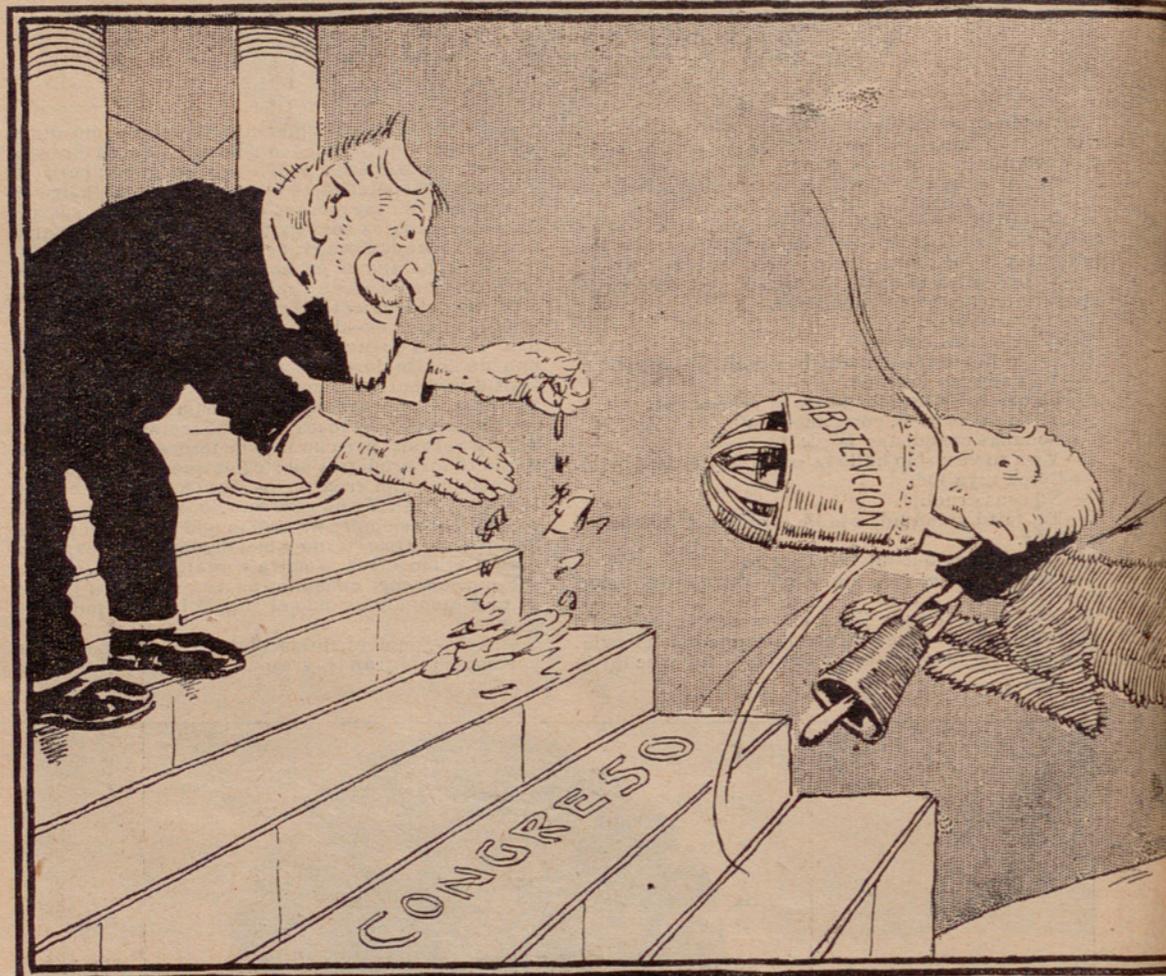
—La verdad es—dijo—que no me faltan condiciones. En mis buenos tiempos fui considerado como uno de los mejores ejecutantes y durante muchos años figuré entre los profesores del Gran Teatro de la Ópera. Comprendo que no podía igualarme con los eminentes virtuosos del violoncello, como Romberg y Servais; pero no dejé de interpretar con sentimiento los prodigios musicales que para tí joh, divino violoncello! crearon los Mozart, los Beethoven, los Boccherini. Yo no sé si en ello me ha cegado la pasión; pero siempre he creído que eres tú el rey de los instrumentos. Tierno y melancólico á veces, energético y agudo otras, sonoro y majestuoso siempre, sabes conmover, en manos expertas, con los juegos de tu armonía, elevando el alma á las más puras regiones.

—¡Ay!—gimió el violoncello—. ¿De qué me sirven portentos tan grandes si yo no puedo gozar de ellos?



El globo Gerifalte, que ganó el primer premio de honor, es el que aparece á la izquierda; el de la derecha es el Cierzo.

(Fotografías de J. Brangulí Soler.)



En cuanto les han hecho una seña faltado patas para acudir.

—¿Y para qué diablos quieres tú gozarlos?—argu' yó Koseck—. Eres un simple instrumento, un objeto sin alma...

—¡Desagradecido!... Después que contribuí á tu sustento, me tratas con desprecio. ¿Qué sabes tú si poseo un alma especial y puedo sentir á mi modo?

—No seas vanidoso, no te atribuyas cualidades que no tienes. La sensibilidad es propia solamente de los seres animados.

—Todo lo que existe es sensible, en diverso grado.

—Pero ven acá, gran bellaco; ¿cómo quieres ser sensible si no tienes vida?

—Bueno, viejo chocho; ¿qué es la vida? ¿Quieres decirme qué cosa es la vida?

Koseck abrió la boca para contestar; pero se quedó con ella abierta.

—¿Lo ves?—continuó el violoncello—. A pesar de enorgullecerte de ser un animal sensible, pensante, viviente, no sabes lo que es la vida. Anda, pregunta al más sabio de tus semejantes el por qué de la vida; me dejó cortar las cuatro cuerdas y arrancar las clavijas si con toda su ciencia logra darte una respuesta satisfactoria. En tus setenta años de existencia vana, de inútiles esfuerzos, de crueles desengaños, de hambres y escaseces, debías cuando menos haber aprendido que has vivido sin saber por qué.

—¡He vivido para el arte!—gritó Koseck.

—¡El arte!—repitió burlesco el violoncello—.

loncello—. No seas tonto, viejo mío. El arte es una ficción, como la vida.

—No blasfemes. El arte es la creación más sublime del sér humano.

—¡Bah! Palabras vanas. ¿Puedes definir el arte? ¿Puedes dar de él una explicación clara, verdadera? No. El arte varía según las épocas, los climas, las costumbres, los temperamentos. La emoción que el arte provoca se reduce á sensaciones, variables según los individuos. El arte mismo no es más que una sensación para el que lo produce y para el que lo goza. ¡Y ve tú á clasificar y definir las sensaciones, que son infinitas, variables y contradictorias!

—Tus palabras me desconsuelan. Y dime, si el arte es una ficción, ¿qué será la gloria?

—Vanidad, nada más que vanidad. Se anhela la gloria por la admiración, por las lisonjas, por los honores, por las consideraciones y hasta por las riquezas que proporciona. ¿Concibes que se pueda gozar de una gloria en la oscuridad, olvidado, pobre y hambriento? En cuanto á la gloria póstuma... á otro perro con ese hueso. Nadie trabaja para ser célebre después de muerto.

—¡Ay!—exclamó Koseck—. ¡Pobre de mí que me pasé la vida soñando con el arte, anhelando la gloria, para aprender al fin de mi jornada, viejo, pobre y olvidado, que vida, arte y gloria no son más que vanas ficciones!...

—Tarde lo aprendiste; pero consuélate pensando que otros no lo aprenderán nunca.

—Me has arrebatado mis más caras ilusiones.

—Alégrate de ello. A tu edad ya no cabe más ilusión que la muerte.

Koseck levantó el puño y asestó tremendo golpe al charlatan instrumento.

—¡Ah, maldito, te burlas!...—gritó airadamente.

El violoncello cayó al suelo, vibrando sus cuerdas inarmónicamente, como un gran gemido de sufrimiento y protesta.

Koseck despertó sobresaltado.

El cuarto estaba envuelto en tinieblas. El viejo músico sentía un gran frío en el cuerpo y mayor frío aún en el alma. Evocó por un momento el extraño sueño y sintió agrandarse hasta lo infinito su tristeza y soledad. Ni una ilusión, ni una esperanza; sólo la angustiosa realidad del desamparo, de la miseria, de la vejez impotente y solitaria.

Hacia dos días que no probaba bocado y el estómago le reclamaba imperiosamente sus derechos. Comer, comer cualquier cosa, era ya su única preocupación de hambriento; pero no tenía un céntimo ni disponía ya de objeto alguno de valor para llevarlo á la casa de préstamos, la gran devoradora de pobres, que sólo sirve para alargar los tormentos de la miseria.

Todavía resonaban en sus oídos las notas casi imperceptibles del violoncello caído. Pensó que en él estaba su salvación inmediata. ¿Por qué no lo empeñaba? Tendría para pasar algunos días; después... siempre había tiempo para morir de hambre.

Allí, caído ante él, estaba el violoncello. Koseck lo levantó y lo estrechó amorosamente entre sus brazos. Comprendió que le invadía honda emoción. ¿Tendría valor para desprenderse de aquel instrumento, consuelo de sus pesares, intérprete fiel de sus sentimientos, que le recordaba su larga vida de artista, sus ilusiones, sus éxitos y sus entusiasmos del pasado? No, no era posible que abandonase á su querido violoncello, pagándole sus servicios con la más negra ingratitud, sólo para satisfacer las exigencias materiales del estómago, para alargar algunos días más su mísera existencia. No podía permitir que manos extrañas profanaran aquel instrumento que había casi constituido el único amor de su vida. Prefería morir junto á él, recordando los triunfos del pasado para olvidar las amarguras del presente.

La emoción crecía, y, en un transporte de infinita ternura, el viejo músico abrazó al viejo instrumento, exclamando sollozante:

—¡Oh, violoncello mío!...

Durante largo rato estuvo abrazado á él, humedeciéndolo con sus lágrimas, besándolo amorosa-



UN PORTUGUÉS EN PELIGRO

—Otro tiron y me estrello.

mente, acariciándolo con los delgados dedos, que arrancaban de las cuerdas notas tristes como gemidos de sufriente, tiernas como suspiros de amante, consoladoras como caricias de madre; notas suaves, incoherentes; vibraciones interminables, indefinidas...

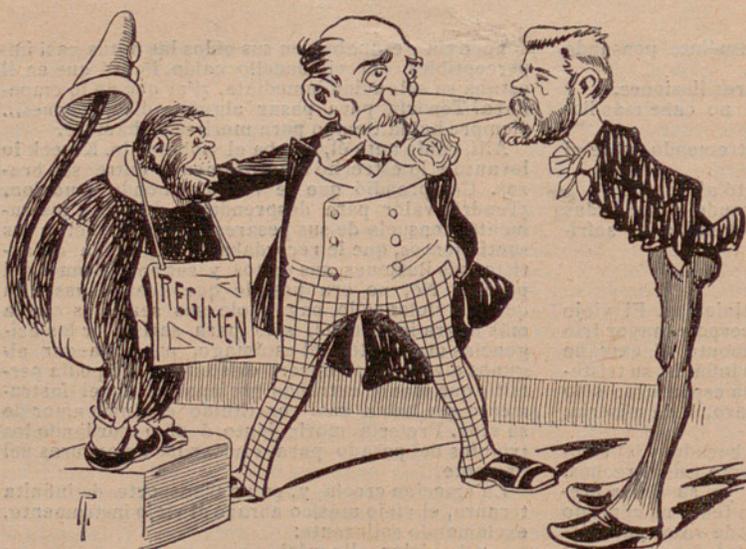
Luego se irguió, levantó la encanecida cabeza y, cogiendo el arco, comenzó a ejecutar con mano fir-

guió andando, insensible a las inclemencias del tiempo, no tan terribles como las inclemencias de la suerte que flajelaban su alma.

Otra vez quiso probar fortuna entrando en una taberna. Había poca gente. En el mostrador dos hombres disputaban con el cantinero; al fondo, varios parroquianos jugaban a las cartas, y solitario en una mesa del centro, un borracho le hablaba incoherentemente al vaso de aguardiente que sostenía con temblorosa mano.

Descargó el músico su violoncello y se sentó en una silla. Por primera vez en su vida iba a tocar en un establecimiento público para pedir humillante limosna. El bochorno encendía su arrugado rostro y gruesas gotas de sudor frío corrían por todo su cuerpo. Pero no vaciló; preparó el instrumento y con mano torpe al principio, que luego fué afirmándose, tocó algunos trozos escogidos de Beethoven, con exquisito sentimiento. Los hombres del mostrador siguieron disputando; los parroquianos del fondo, jugando; y únicamente el borracho le prestó atención, cesando de hablar y tratando de seguir con la cabeza el compás de la música.

Quando concluyó quitóse el sombrero y fué tímidamente a pedir con el gesto, pues su boca era incapaz de pronunciar una palabra. Nadie le hizo caso; ya se iba, sin atreverse a



Garner. — ¿Qué le ha parecido, don Nicolás?

Salmeron. — Que con otro soplo adios el mono y sus monerías.

pedirle al borracho, cuando éste le llamó:

—Oye, tú, músico, ven acá... toma, bebe á mi salud—y le alargó el vaso de aguardiente.

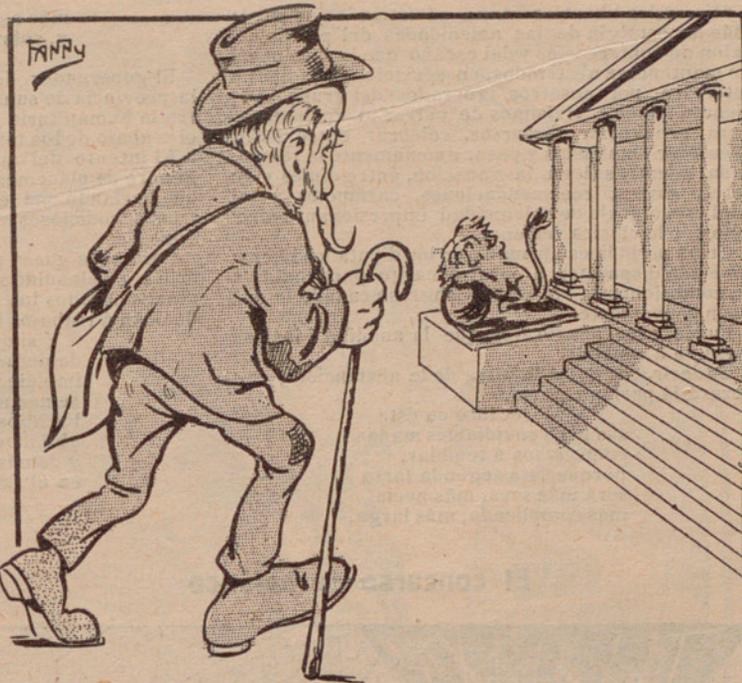
Koseck lo tomó, vaciándolo de un sorbo, y salió precipitadamente.

Ya en la calle, respiró con fuerza. Había pasado un mal rato, que no estaba dispuesto á repetir. Sentíase más animoso y hasta algo alegre, seguramente por el aguardiente que había tomado; pero su estómago continuaba rebelde y con terquedad irritante le recordaba que hacía más de cuarentiocho horas que no había comido.

¿A dónde iba? No lo sabía á ciencia cierta, aunque sus pies, inconscientemente, parecían encaminarle á un lugar que su miseria le había hecho conocer. Después de andar largo trecho por las callejuelas de la ciudad, se detuvo ante el portal de una casa de miserable apariencia. En la vidriera del fondo, que transparentaba la luz del interior, leíase: "Casa de préstamos", en gruesos caracteres. Koseck, ya dentro del portal, contempló con lágrimas en los ojos á su violoncello, el compañero inseparable en su larga vida de artista, lo enlazó con sus brazos, lo besó y entró en la casa cual reo de muerte en la tétrica capilla.

Koseck dormitaba, recostada la cabeza en la pequeña mesa, sobre la cual veíanse restos de pan y queso. Cuando despertó, amanecía. Por la ventana, cubierta de escarcha, penetraba una luz difusa, que llenaba el cuarto de sombras indecisas. Miró á todos lados buscando algo. ¿Y el violoncello? pensó. De pronto la realidad, como un rayo, acudió á su cerebro. El violoncello, el compañero de su vida, el único que podía mitigar sus dolores y consolar su desgracia, ya no estaba allí, ni nunca más lo vería, nunca, nunca, nunca!... Pensó morir de angustia. se levantó sintiendo un nudo en la garganta y un gran peso en el pecho. Era tan intenso el sufrimiento, que trató de calmarlo andando á grandes pasos por el cuarto y oprimiéndose el pecho con ambas manos.

Se dirigió á la ventana y la abrió. Seguía nevando. De la calle desierta, de las casas silenciosas, de los



El variable don Segis regresa ya arrepentido;

se fué como semi-amo y vuelve como mendigo.

árboles desnudos, del firmamento gris, de todo aquel ambiente húmedo y frío desprendíase un sentimiento tal de melancolía y soledad, que Koseck, en vez de alivio, tuvo la punzante sensación de que la vida era ya para él un dolor demasiado agudo que sólo podía calmarse con la muerte.

Separóse bruscamente de la ventana, buscó en un cajón una cuerda de su violoncello, subió encima de la mesa, sujetó un extremo de la cuerda á una viga del techo y haciendo en el otro extremo un nudo corredizo pasó la cabeza por el lazo y, saltando de la mesa, se lanzó á la eternidad.

La cuerda, al recibir la fuerte sacudida, lanzó una nota gemidora, apenas perceptible, y el cuerpo de Guillermo Koseck se balanceó suavemente, contraído el rostro por horrible mueca.

Afuera seguía cayendo la nieve, cubriéndolo todo con su melancólica blancura, cual inmenso sudario de una Naturaleza muerta.

ADRIAN DEL VALLE.



El señor Nakens ha sido llevado á la Audiencia esposado como un criminal vulgar.

Su abogado y su procurador visitaron al gobernador de Madrid para rogarle que se librara al ilustre publicista de esta afrentosa precaución.

El gobernador respondió con una cuchufleta de mediano gusto, y en vano fué que los señores Mendízar y Corujo citaran precedentes.

Otra cosa hubiera sido si en vez de ser escritor honrado y esclarecido fuera un ladrón protegido ó un clérigo violador.

Escribe un periódico que conoce bien á los moretistas:

“Ya en los liberales se va advirtiendo que puede más la nostalgia de las amenidades del pasillo del salón de conferencias y del escaño que la resolución de mantenerse abstenidos, en servicio de los fines ó intereses (por nosotros ignorados) del grupo. Así, sienten anhelos vivísimos de volver al Parlamento para pronunciar discursos, celebrar entrevistas, presentar enmiendas y pasar amenamente la temporada, mientras llega la vacación, entre dimes y dretes, cartas, recomendaciones, caramelos y tal cual espectáculo de solemnidad impresionante ofrecido por la clásica tribuna.”

Otros periódicos afirman que los diputados liberales están dispuestos á jurar el cargo para hallarse en condiciones de volver al Congreso cuando lo juzguen conveniente.

Puede, pues, asegurarse que la anodina é insulsa farsa va á concluir.

Es decir, concluirá la farsa de la abstencion y empezará la parlamentaria.

Y si Moret luce en ésta sus poco envidiables mañas empecemos á temblar, porque esta segunda farsa será más sosa, más necia, más complicada, más larga,

El concurso aerostático



—Oiga, niña, ¿se atrevería usted á subir conmigo?
—Segun el lastre que llevase usted para gastar.

más astuta, más dañina
y, sobre todo, más cara.

El gobernador de Madrid está decidido á que en la provincia de su mando se cumpla al pie de la letra la humanitaria y acertada ley que reglamenta el trabajo de los niños.

El intento del marqués del Vadillo merece todo género de plácemes, pues es realmente vergonzoso que burlando una ley buena estén empresarios y patronos codiciosos explotando el trabajo de los niños.

Pero para que el propósito del gobernador de Madrid sea aplaudido sin reservas debiera hacerse extensivo á todos los chicos que en la villa y corte se dedican á trabajos impropios de su corta edad.

Y si quisiera ser justo, debiera empezar Vadillo impidiendo que en las Cortes se den aires de hombrécitos los hijos, sobrinos, nietos, ahijados, hermanos, primos y demás rorros que Maura en el Congreso ha metido.

Algunos periódicos han dado calor y abrigo á una estupenda noticia segun la cual España, de acuerdo con Inglaterra, se dispone á intervenir en Portugal para asegurarle al rey Carlos la corona, que se le escapa de la cabeza.

La noticia, aunque grave, ha causado poca impresion, porque son contadas las personas que lo han tomado en serio.

De sobra sabemos todos que tenemos pocas sobras para emplearlas en asegurar las monarquías ajenas.

Claro es que nuestros buenos monárquicos lamentan que los pícaros republicanos portugueses le estén dando tantos y tan grandes sustos á don Carlos; pero por ahora se han de limitar á lamentarlo. Y algunos, con mucho tino, con gran prudencia y buen

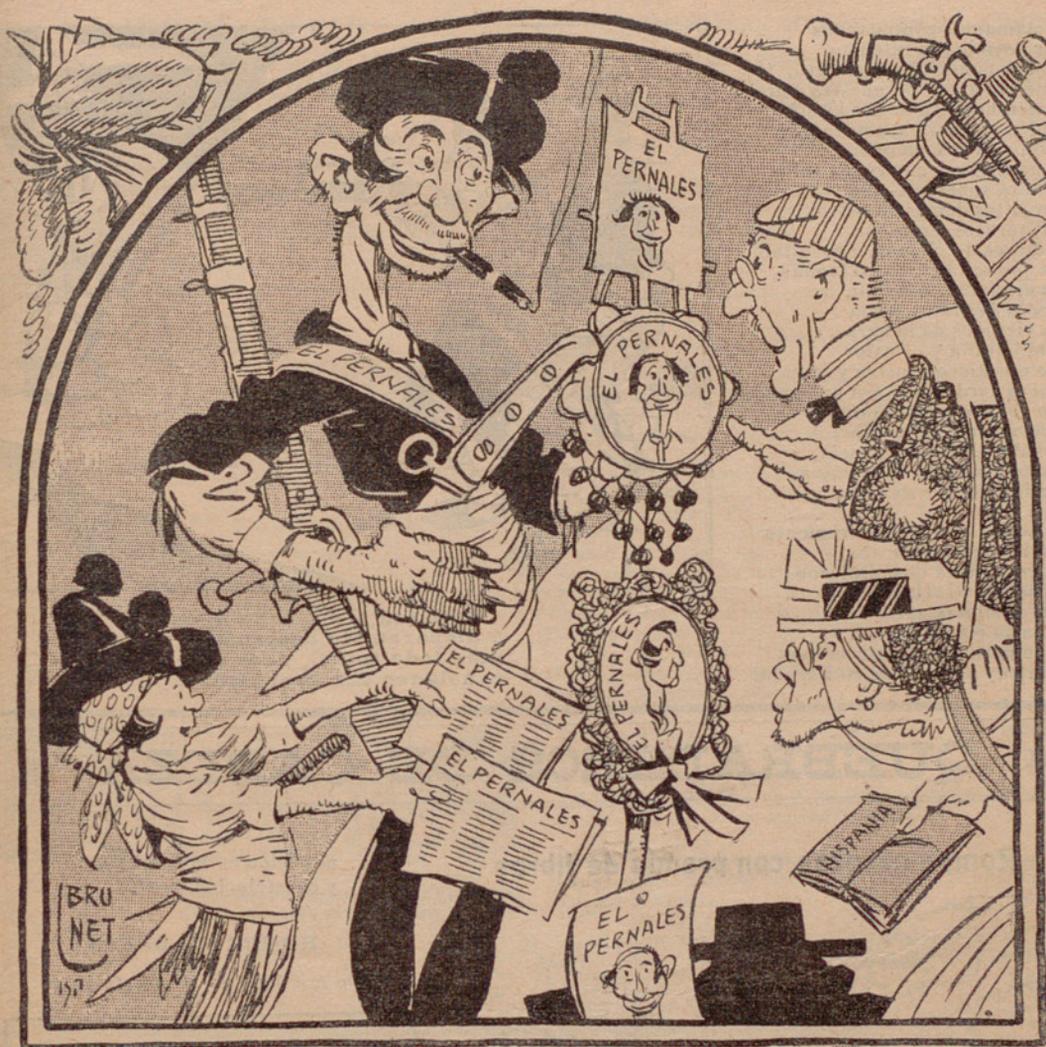
[ojo,
ponen su barba en remojo.

El señor Benet y Colom ha logrado meter el dedo (ya es sabido que no gusta de meter la cabeza en ninguna parte) en la presidencia del Centro Monárquico Conservador barcelonés, y para dar señales de vida convocó hace pocos días á sus escasos correligionarios para leerles una Memoria y hacerles soltar tres ¡vivas!

Inútil es decir que uno de ellos fué para el señor Maura, de quien los socios lo esperan todo.

Y á fe que aunque don Antonio pagara el recuerdo y el agasajo con sendas mercedes no habría motivo para protestar.

Con cuatro momios—y qué son cuatro momios para don Antonio?—podría de-



Glorias nacionales

jar contentos á los cuatro gatos que se reunieron para vitorearle.

Sucias, muy sucias estaban
ciertas actas madrileñas;
tan sucias que daban asco,
tan sucias que daban pena.

Pero ahora deben estar
limpias como una patena
gracias al jabon que dicen
les ha dado Salvatella.

Por cierto que uno de los cuneros protegido de Maura no encontró en el discurso del joven diputado catalan otro defecto que el de pronunciar éste defectuosamente la palabra Chamberí.

Suponemos que el exigente y filólogo cunero perdonaría al señor Salvatella aquel leve defecto de pronunciacion en gracia á la precision y claridad con que pronunció otras palabras que hicieron rebrincar de ira á los diputados madrileños con acta sucia.

En el concurso de globos
han salido defraudadas
las aéreas ilusiones
de los bravos aeronautas.

Vinieron muy equipados
con sus globos y sus anclas,

sus aparatos, sus sacos
de lastre y mil zarandajas.

De buena organizacion
la Comision hizo gala
y, en fin, sin ningun lunar
la fiesta se presentaba.

Pero ¡ay! que lo principal
era de clase tan mala,
el gas era tan perverso,
tan falsificado estaba
que aunque subieron los globos
ascendieron poco ó nada
y así pudo demostrarse
que el gas que al pueblo nos largan
ni es bueno, ni arde, ni sube,
ni nos sirve para nada.

Con esta prueba se ha visto
de una manera muy clara
que nuestro gas es extraño
y tiene virtudes raras,
pues no hace subir los globos,
mas la cuenta, al que lo gasta,
le sube, aunque lo escatime,
de un modo que despampana.

Recibieron los periódicos
en un breve telegrama
la noticia de la muerte
de Pernaes. ¡Qué desgracia!

exclamamos contristados
por noticia tan infausta.

Si se confirma su muerte,
¿qué va á ser de nuestra patria?
¿quién hablara de sus hijos?
¿quién mentará sus hazañas?

En política no queda
ni un hombre que tenga talla
(Maura sobresale sólo
por ir los demás á rastras).

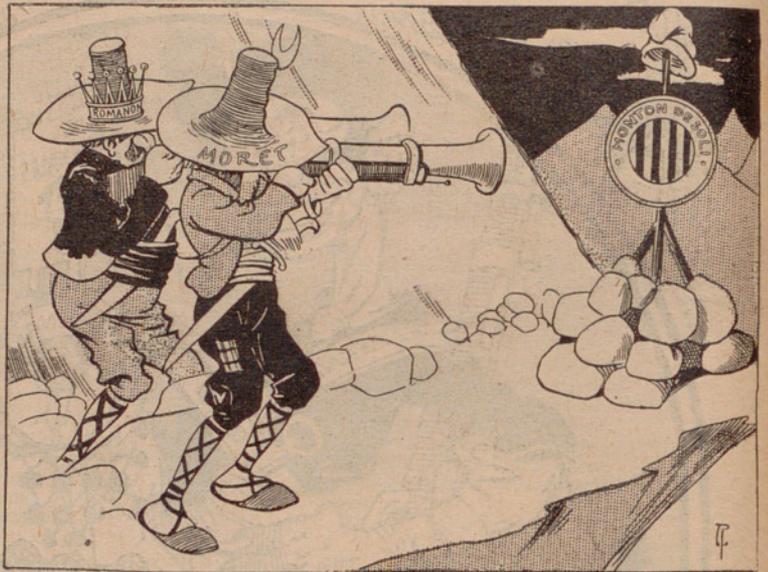
Literatos, escasean;
hombres de ciencia, nos faltan;
los que son bravos no luchan,
los oradores se callan.

Sólo *Pernales* tenía
las virtudes de la raza,
la hidalguía y el valor
que nos dieron lustre y fama.

Si es verdad que era un bandido
que robaba y que mataba;
¡mas mataba con un arte!
¡robaba con tanta gracia,
que el pueblo, que le temía,
le adoraba por su audacia!

Cuando con más sentimiento
la triste nueva lloraba,
nuevos partes desmintieron
los primeros telegramas.

El *Pernales* está vivo
y con su rifle y su jaca
sigue robando. Alegrémonos.
¡Aun hay un hombre en España!



Apuntan con mucho afán
y disparan sin descanso;
mas todo inútil, pues no
consiguen dar en el blanco.

★ QUEBRADEROS DE CABEZA ★

Rompe-cabezas con premio de libros



Los tres pastores que apacentaban estas ovejas se han escapado al notar la presencia del oso. ¿Dónde están?

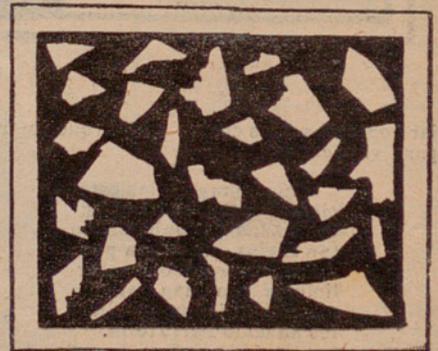
CHARADA (De Manuel Colomé)

Dos *prima* tiempo verbal,
lo mismo que la *tercera*;

negacion es la postrera
y constelacion *total*.

ROMPE - CABEZAS

(De José Martínez Moyano, GARBAT)



Recórtense estos fragmentos y combínense de modo que aparezca una silueta en negro muy barbiana.

PROBLEMA

(De Francisco Pineda Roca)

Se compraron dos caballos y se desea saber el coste de cada uno teniendo en cuenta que el primero costó 136 pesetas menos que el segundo, y que la suma de la mitad, octava y décima parte de lo que vale el primero es igual á la suma del tercio, sexta y doceava parte del valor del segundo.

INTRÍNGULIS

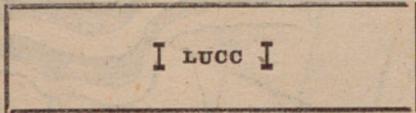
(De Francisco Carré)

L. CESAR
2 2 2 2 3 2

Repítanse las letras tantas veces como indican los números y debidamente combinadas expresarán el título de una zarzuela.

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

(De Adela Santiano)



(De Manuel Colomé)

Consonante nota nota

LOGOGRIFO CHARADÍSTICO

(De Luisa Guarro Mas)

- 1.^a 2.^a 3.^a 4.^a Una industria.
- 1.^a 3.^a 4.^a Empleo odiado.
- 3.^a 1.^a Calle de Barcelona.
- 2.^a Pronombre.

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

La cotorra puede verse en el plafon central del biombo é invirtiendo el dibujo se ve el canario entre la falda de la señora y el brazo del sofá.

A LOS PROBLEMAS

De la primera clase de vino tenía el comerciante 195 hectólitros; de la segunda, 260; de la tercera, 520, y de la cuarta, 624.

El jugador ganó 26 duros.

A LOS JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

**Camino
Casado**

Han remitido soluciones.—Al rompecabezas con premio de libros: Luisa Llamazales, Luisa Aguado, José Elías, Juan Elías, Pablo Maura, José Arnau (Gerona), Francisco Carre, Louis Ferrand Gaillot, Manuel Colomé, Narciso Perbellini, Antonio Agulló, Enrique Carbonell (Masnou), José Masallas (Rip llet), Ramon Farías, José Liadó, Francisco de P. Carné, A. Fonquerni, Juan Gilaver, Ernesto Vizcarrondo, Angel Sanchez Ruiz, Jaime E. Gouisa, Juan Mir Matoses, H. Pons Puig, Isidro Oliveres, «Un viu», Ramon Grau, Ezequiel Marti y Amadeo Caldés. Entre dichos señores se distribuirán los cien cupones canjeables por libros.

Al primer problema: José Sabatés Font y «Un deixeble dels Escolapis de Mataró».

Al segundo problema: J. Cassant, José Sabatés Font y «Un deixeble dels Escolapis de Mataró».

Al primer jeroglífico comprimido: Francisco Carré, Manuel Colomé, Enrique Carbonell, Narciso Perbellini y Juan Mir Matoses.

Al segundo jeroglífico: Juan Mir Matoses, Francisco Carré, Manuel Colomé, Enrique Carbonell y Narciso Perbellini.



(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 25 de Mayo)

A LA CHARADA
Atajo

ANUNCIOS

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.

En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones



El citrato de Magnesia Granulado Efervescente de Bishop, originalmente inventado por Alfredo Bishop, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno». Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de ALFRED BISHOP, 48, Spelman Street, London.

MAGNESIA

DE BISHOP

GRASA

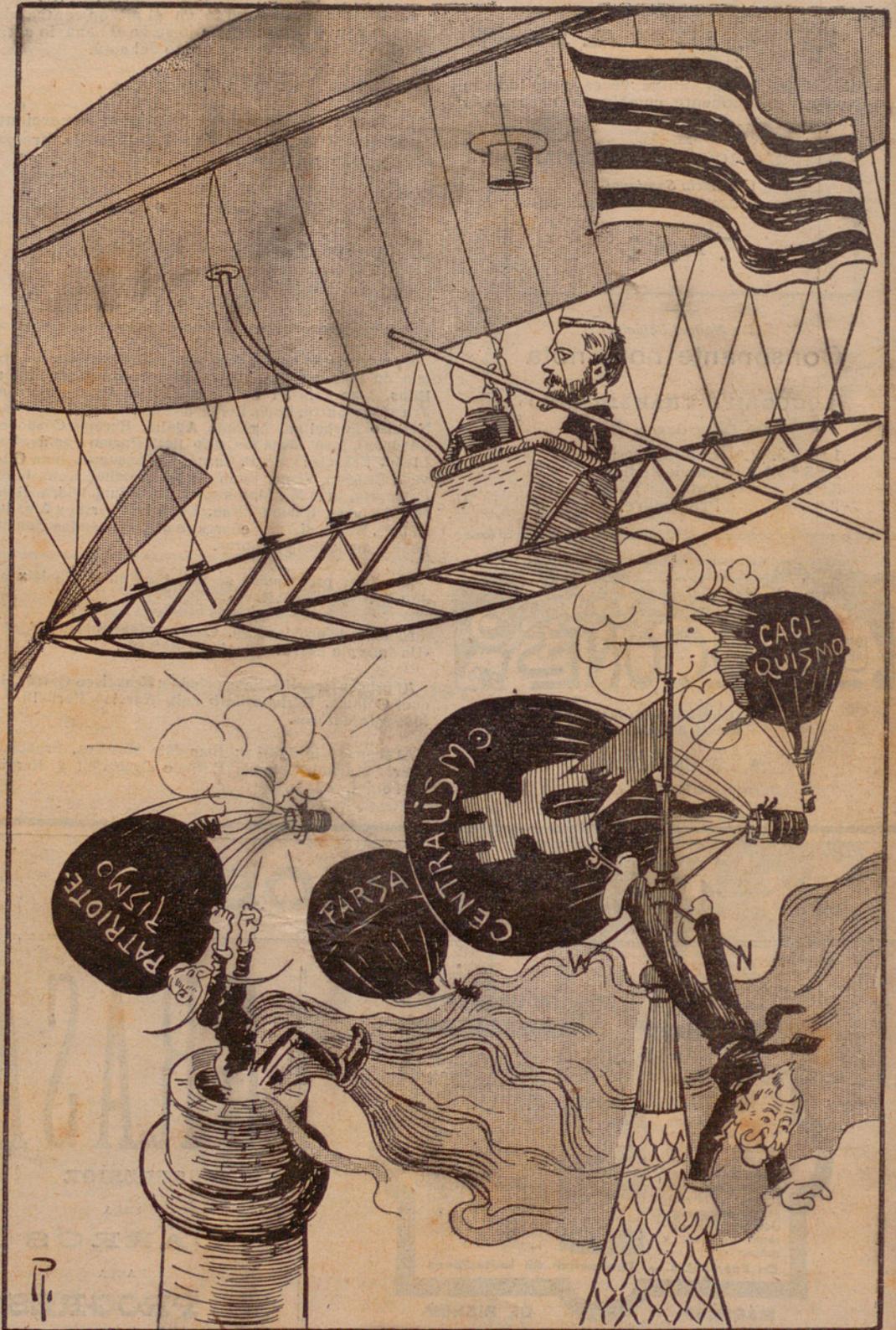
SUPERIOR

PARA

CARROS

MARCA

EL PROGRESO



Si al globo **SOLIDARIDAD** se le sigue dirigiendo bien, los globos viejos reventarán á su paso